



W. W. Jacobs

El Pozo



**E** LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **EL POZO**

**W. W. JACOBS**

**PUBLICADO: 1902  
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG  
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

# EL POZO

## I

Dos hombres estaban en la sala de billar de una vieja casa de campo, conversando. La partida, que había sido más bien tibia, había terminado, y ambos se sentaron junto a la ventana abierta, contemplando el parque que se extendía ante ellos, charlando sin propósito.

—Se te acaba el tiempo, Jem —dijo uno por fin—. Dentro de seis semanas estarás bostezando durante la luna de miel y maldiciendo al hombre — a la mujer, digo— que las inventó.

Jem Benson estiró sus largos miembros en el sillón y gruñó en señal de protesta.

—Nunca lo he entendido —continuó Wilfred Carr, bostezando—. No es para mí en absoluto; yo nunca tuve dinero suficiente para mis propias necesidades, mucho menos para dos. Quizás si fuera tan rico como tú o como Creso lo vería de otro modo.

En la última parte de la observación había suficiente intención como para que su primo prefiriera no responderla. Siguió mirando por la ventana y fumando despacio.

—No siendo tan rico como Creso —ni como tú —prosiguió Carr, observándolo desde bajo los párpados entornados—, remo mi propia canoa por la corriente del Tiempo y, atándola a los postes de las puertas de mis amigos, entro a comer en su mesa.

—Muy veneciano —dijo Jem Benson, sin dejar de mirar por la ventana—. No es poca cosa para ti, Wilfred, contar con esos postes, con esas mesas y con esos amigos.

Carr gruñó a su vez.

—En serio, Jem —dijo despacio—, eres un tipo con suerte, mucha suerte. Si hay una chica mejor que Olive en este mundo, me gustaría verla.

—Sí —dijo el otro en voz baja.

—Es una muchacha tan excepcional —continuó Carr, mirando por la ventana—. Es tan buena y tan dulce. Te tiene por un compendio de todas las virtudes.

Soltó una carcajada franca y alegre, pero el otro no se unió a ella.

—Aunque tiene un sentido muy firme del bien y del mal —prosiguió Carr, pensativo—. ¿Sabes? Creo que si descubriese que no eres...

—¿Que no soy qué? —exigió Benson, volviéndose hacia él con fiereza—. ¿Qué?

—Todo lo que eres —respondió su primo con una sonrisa que desmentía sus palabras—. Creo que te dejaría.

—Habla de otra cosa —dijo Benson despacio—; tus gracias no siempre son del mejor gusto.

Wilfred Carr se levantó y, cogiendo un taco del soporte, se inclinó sobre la mesa y ensayó uno o dos golpes favoritos.

—El único otro asunto del que puedo hablar ahora mismo son mis propios asuntos económicos —dijo despacio, mientras rodeaba la mesa.

—Habla de otra cosa —repitió Benson con sequedad.

—Y los dos asuntos están relacionados —dijo Carr, y soltando el taco se sentó a medias sobre la mesa y miró fijamente a su primo.

Se hizo un largo silencio. Benson tiró la colilla del cigarro por la ventana y, recostándose en el sillón, cerró los ojos.

—¿Me sigues? —preguntó Carr al cabo.

Benson abrió los ojos e hizo un gesto con la cabeza hacia la ventana.

—¿Quieres seguir a mi cigarro? —le preguntó.

—Preferiría marcharme por el camino habitual, por tu bien —respondió el otro sin inmutarse—. Si me fuera por la ventana se harían toda clase de preguntas, y ya sabes lo hablador que soy.

—Mientras no hables de mis asuntos —respondió el otro, conteniéndose con un esfuerzo visible—, puedes hablar hasta quedarte ronco.

—Estoy en un lío —dijo Carr despacio—, un lío de mil demonios. Si no consigo mil quinientas libras de aquí a quince días, puede que me den manutención y alojamiento gratis.

—¿Eso sería algún cambio? —preguntó Benson.

—La calidad sí —replicó el otro—. La dirección tampoco sería buena. En serio, Jem, ¿me dejas las mil quinientas?

—No —dijo el otro sin más.

Carr palideció.

—Es para salvarme de la ruina —dijo con la voz pastosa.

—Llevo tanto tiempo ayudándote que estoy harto —dijo Benson, volviéndose a mirarlo—, y no sirve de nada. Si te has metido en un lío, sal tú solo. No deberías ser tan aficionado a regalar autógrafos.

—Es una imprudencia, lo reconozco —dijo Carr con calma—. No lo haré más. A propósito, tengo algunos que vender. No pongas esa cara. No son míos.

—¿De quién son? —preguntó el otro.

—Tuyos.

Benson se levantó del sillón y se acercó a él.

—¿Qué es esto? —preguntó en voz baja—. ¿Chantaje?

— Llámalo como quieras — dijo Carr —. Tengo unas cartas en venta, precio mil quinientas libras. Y conozco a un hombre que las compraría a ese precio solo por la posibilidad de quitarte a Olive. Te doy la primera opción.

— Si tienes en tu poder cartas con mi firma, tendrás la amabilidad de entregármelas — dijo Benson muy despacio.

— Son mías — dijo Carr con ligereza —; me las dio la dama a quien tú las escribiste. He de decir que no todas son del mejor gusto posible.

Su primo se abalanzó de repente y, agarrándolo por el cuello de la chaqueta, lo inmovilizó contra la mesa.

— Dame esas cartas — le dijo al oído.

— No están aquí — dijo Carr, forcejando —. No soy ningún tonto. Suéltame, o subo el precio.

El otro lo alzó de la mesa con sus manos poderosas, aparentemente con la intención de estrellarle la cabeza contra ella. Luego, de repente, aflojó la presa al entrar en la sala una doncella con expresión sorprendida que traía unas cartas. Carr se incorporó a toda prisa.

— Así fue como se hizo — dijo Benson para beneficio de la chica, mientras recogía las cartas.

— No me extraña que el otro le hiciera pagarlo, entonces — dijo Carr con afabilidad.

— ¿Me darás esas cartas? — dijo Benson con tono significativo, cuando la chica salió de la sala.

— Al precio que he indicado, sí — dijo Carr —; pero tan cierto como que estoy vivo, como vuelvas a ponerme encima esas manos torpes, lo doblo. Y ahora te dejo un rato para que lo pienses.

Cogió un cigarro de la caja y, encendiéndolo con cuidado, abandonó la sala. Su primo esperó a que la puerta se cerrase tras él, y luego, volviéndose hacia la ventana, se quedó sentado presa de una furia tan silenciosa como terrible.

El aire llegaba fresco y limpio desde el parque, cargado con el aroma de la hierba recién cortada. A él se unía ahora la fragancia de un cigarro, y al mirar fuera vio a su primo paseando lentamente. Se levantó y fue hacia la

puerta, luego, como si cambiara de idea, volvió a la ventana y observó la figura de su primo alejándose despacio hacia el claro de luna. Entonces se levantó de nuevo, y durante largo rato la sala quedó vacía.

---

Cuando la señora Benson entró un rato después para darle las buenas noches a su hijo antes de irse a la cama, la sala seguía vacía. Recorrió despacio el contorno de la mesa y, deteniéndose en la ventana, se quedó mirando hacia afuera en pensamiento distraído, hasta que vio la figura de su hijo aproximándose a grandes zancadas hacia la casa. Él levantó la vista hacia la ventana.

— Buenas noches — dijo ella.

— Buenas noches — dijo Benson con voz grave.

— ¿Dónde está Wilfred?

— Oh, se ha ido — dijo Benson.

— ¿Se ha ido?

— Tuvimos unas palabras; quería dinero otra vez, y le dije cuatro cosas. No creo que lo volvamos a ver.

— ¡Pobre Wilfred! — suspiró la señora Benson—. Siempre está metido en algún lío. Espero que no hayas sido demasiado duro con él.

— No más de lo que merecía — dijo su hijo con severidad—. Buenas noches.

---

## II

El pozo, que hacía mucho tiempo había caído en desuso, estaba casi oculto por la espesa maraña de maleza que crecía a su antojo en aquel rincón del viejo parque. Lo cubría a medias la mitad reseca de una tapa, sobre la que un torno oxidado chirriaba al compás de los pinos cuando soplaba el viento con fuerza. La plena luz del sol no llegaba nunca hasta allí, y el suelo que lo rodeaba permanecía húmedo y verde cuando el resto del parque se abría y resquebrajaba con el calor.

Dos personas que paseaban despacio por el parque en la fragante quietud de una tarde de verano se adentraron en dirección al pozo.

—No hay por qué meterse en este matorral, Olive —dijo Benson, deteniéndose en los bordes del pinar y mirando con cierto desagrado la penumbra del fondo.

—Es la mejor parte del parque —dijo la muchacha con viveza—; sabes que es mi rincón favorito.

—Sé que te encanta sentarte en el brocal —dijo el hombre despacio—, y ojalá no lo hicieras. Un día te inclinarás demasiado hacia atrás y caerás.

—Y haré las paces con la Verdad —dijo Olive con ligereza—. Vamos.

Echó a correr y se perdió en la sombra de los pinos, con los helechos crujiendo bajo sus pies. Su acompañante la siguió despacio, y al salir de la penumbra la vio posada con gracia en el borde del pozo, con los pies ocultos entre la hierba crecida y las ortigas que lo rodeaban. Le hizo señas de que se sentara a su lado y sonrió suavemente al sentir un brazo fuerte ceñirse a su cintura.

—Me gusta este sitio —dijo ella, rompiendo un largo silencio—; es tan sombrío..., tan inquietante. ¿Sabes que no me atrevería a sentarme aquí sola, Jem? Me imaginaría que toda clase de cosas horribles se esconden detrás de los arbustos y los árboles, esperando para abalanzarse sobre mí. ¡Uf!

—Será mejor que te lleve adentro —dijo él con ternura—; el pozo no siempre es sano, sobre todo con el calor. Vámonos.

La muchacha sacudió la cabeza con obstinación y se acomodó más firmemente en su asiento.

—Fuma tu cigarro tranquilo —dijo en voz queda—. Me he instalado aquí para una charla tranquila. ¿Se sabe algo de Wilfred?

—Nada.

—Una desaparición de lo más dramática, ¿verdad? —continuó ella—. Otra escapada, supongo, y otra carta para ti con la cantinela de siempre: «Querido Jem, sácame de este lío.»

Jem Benson lanzó al aire una bocanada de humo fragante y, con el cigarro entre los dientes, sacudió la ceniza de la manga de su chaqueta.

—Me pregunto qué habría hecho sin ti —dijo la muchacha, apretándole el brazo con afecto—. Habría naufragado hace mucho, supongo. Cuando nos casemos, Jem, me tomaré la libertad del parentesco para darle algún sermón. Es muy alocado, pero tiene sus cosas buenas, pobrecillo.

—Yo nunca las vi —dijo Benson con una amargura que sobresaltó a la muchacha—. Dios sabe que yo nunca las vi.

—Él es su peor enemigo —dijo ella, desconcertada por aquel arranque.

—No lo conoces bien —dijo el otro con aspereza—. No era ajeno al chantaje; no tenía reparos en arruinar la vida de un amigo para sacar provecho propio. ¡Un holgazán, un canalla y un mentiroso!

La muchacha lo miró con gravedad aunque con timidez, tomó su brazo en silencio, y ambos permanecieron sentados sin hablar mientras el atardecer se hacía noche y los rayos de la luna, filtrándose entre las ramas, los envolvían en una red de plata. La cabeza de ella se recostó en el hombro de él, hasta que de repente, con un grito agudo, se puso en pie de un salto.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó sin aliento.

—¿Qué ha sido qué? —preguntó Benson, levantándose de un salto y aferrándola por el brazo.

Ella recobró el aliento e intentó reír.

—Me haces daño, Jem.

Él aflojó la presa.

—¿Qué pasa? —preguntó con dulzura—. ¿Qué te ha asustado?

—Me he asustado —dijo ella despacio, poniéndole las manos en el hombro—. Supongo que las palabras que acabo de decir me siguen resonando en los oídos, pero me pareció que alguien detrás de nosotros susurraba: «Jem, sácame de aquí.»

—Una ilusión —repitió Benson, y su voz tembló—; pero esas ilusiones no te hacen bien. Estás... asustada... por la oscuridad y la penumbra de estos árboles. Deja que te lleve a la casa.

—No, no estoy asustada —dijo la muchacha, volviendo a sentarse—. Contigo nunca llegaría a asustarme de verdad de nada, Jem. Me sorprende a mí misma por ser tan tonta.

El hombre no respondió, sino que se quedó de pie, figura oscura y robusta, a un par de pasos del pozo, como si aguardara a que ella se reuniera con él.

—Ven a sentarte, señor —dijo Olive, dando palmaditas en el brocal con su pequeña mano blanca—; cualquiera diría que no te agrada tu compañía.

Él obedeció despacio y se sentó a su lado, chupando tan fuerte el cigarro que la lumbre se le iluminaba en el rostro con cada bocanada. Pasó el brazo detrás de ella, firme y rígido como el acero, con la mano apoyada en el brocal más allá.

—¿Tienes calor suficiente? —preguntó con ternura, al notar que ella hacía un pequeño movimiento.

—Más o menos —respondió ella estremeciéndose—; no debería tenerse frío en esta época del año, pero del pozo sube un aire frío y húmedo.

Mientras hablaba, un débil chapoteo ascendió desde las profundidades de abajo, y por segunda vez aquella noche ella se apartó del pozo de un salto con un pequeño grito de angustia.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó él con voz temerosa. Se quedó junto a ella mirando el pozo como si esperara a medias ver aparecer por él la causa de su alarma.

—Oh, mi pulsera —exclamó ella con consternación—, mi pobre pulsera de mamá. Se me ha caído al pozo.

—¿Tu pulsera? —repitió Benson con voz apagada—. ¿Tu pulsera? ¿La de diamantes?

—La que era de mi madre —dijo Olive—. Podremos recuperarla, ¿verdad? Habrá que vaciar el agua.

—¿Tu pulsera? —repitió Benson, estupefacto.

—Jem —dijo la muchacha con voz aterrada—, Jem querido, ¿qué te pasa?

Porque el hombre que amaba la miraba con horror. La luna que le daba en el rostro no era la única responsable de la palidez de aquel semblante crispado, y ella retrocedió asustada hasta el borde del pozo. Él vio su miedo y, con un esfuerzo enorme, recobró la compostura y le tomó la mano.

—Pobrecilla —murmuró—, me has asustado. No estaba mirando cuando gritaste, y creí que te deslizabas de mis brazos, cayendo... cayendo...

La voz se le quebró, y la muchacha, arrojándose a sus brazos, se aferró a él con convulsión.

—Vamos, vamos —dijo Benson con ternura—, no llores, no llores.

—Mañana —dijo Olive, entre risas y lágrimas—, iremos todos al pozo con anzuelo y sedal a pescarla. Será un deporte completamente nuevo.

—No, tenemos que probar de otro modo —dijo Benson—. Te la devolveré.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Ya lo verás —dijo Benson—. Mañana por la mañana a más tardar la tendrás de vuelta. Hasta entonces prométeme que no dirás nada de tu pérdida a nadie. Prométemelo.

—Te lo prometo —dijo Olive extrañada—. ¿Pero por qué?

—Es de gran valor, entre otras cosas, y... Pero mira..., hay muchas razones. Para empezar, es mi deber recuperártela.

—¿No te gustaría saltar tú mismo a buscarlo? —preguntó ella en tono travieso—. Escucha.

Se agachó, cogió una piedra y la dejó caer.

—Imagínate estar donde está eso ahora —dijo, asomándose a la oscuridad—; imagínate dando vueltas y vueltas como un ratón en un cubo, aferándote a las paredes resbaladizas, con el agua llenándote la boca, y mirando hacia arriba hacia ese pequeño retazo de cielo.

—Será mejor que entremos —dijo Benson muy en voz baja—. Estás desarrollando un gusto por lo mórbido y lo horrible.

La muchacha se volvió y, tomando su brazo, caminó despacio en dirección a la casa. La señora Benson, que estaba sentada en el porche, se levantó para recibirlos.

—No deberías haberla tenido fuera tanto tiempo —dijo en tono de reproche—. ¿Dónde habéis estado?

—Sentados en el brocal del pozo —dijo Olive sonriendo—, hablando de nuestro futuro.

—No creo que ese sitio sea sano —dijo la señora Benson con énfasis—. La verdad es que podría cegarse, Jem.

—Bien —dijo su hijo despacio—. Lástima que no se cegara hace mucho.

Tomó el sillón que su madre había dejado libre al entrar en la casa con Olive, y con las manos colgando inertes a los lados se quedó sumido en hondas reflexiones. Al cabo de un rato se levantó, subió a una habitación reservada a los enseres de caza y pesca, eligió un sedal de pesca de mar y algunos anzuelos, y bajó de nuevo con sigilo. Cruzó el parque a paso rápido en dirección al pozo, y antes de internarse en la sombra de los árboles se volvió para mirar las ventanas iluminadas de la casa. Luego, habiendo preparado el sedal, se sentó en el borde del pozo y lo fue bajando con cuidado.

Permaneció sentado con los labios apretados, mirando a su alrededor de vez en cuando con un sobresalto, como si esperara a medias ver algo acechando entre los árboles. Una y otra vez fue bajando el sedal, hasta que al final, al izarlo, oyó un pequeño tintinear metálico contra la pared del pozo.

Contuvo entonces la respiración y, olvidando sus temores, fue recogiendo el sedal centímetro a centímetro, para no perder su preciosa carga. El pulso

le latía con rapidez, y los ojos le brillaban. A medida que el sedal subía, vio colgado del anzuelo lo que había pescado, y con mano firme recogió los últimos metros. Entonces vio que, en lugar de la pulsera, había enganchado un manojo de llaves.

Con un débil grito las sacudió del anzuelo y las dejó caer al agua de abajo, y se quedó respirando con fatiga. No había un solo sonido que rompiera el silencio de la noche. Caminó un poco de un lado a otro y estiró sus grandes músculos; luego regresó al pozo y reanudó su tarea.

Durante más de una hora bajó el sedal sin resultado. En su empeño olvidó sus temores, y con los ojos fijos en el fondo del pozo fue pescando despacio y con cuidado. Dos veces el anzuelo quedó enganchado en algo y fue soltado con dificultad. Quedó enganchado una tercera vez, y todos sus esfuerzos no bastaron para liberarlo. Entonces dejó caer el sedal al interior del pozo y, con la cabeza gacha, caminó hacia la casa.

Fue primero a las cuadras de la parte trasera, y luego, retirándose a su habitación, estuvo paseando de un lado a otro con inquietud durante algún tiempo. Después, sin quitarse la ropa, se arrojó sobre la cama y cayó en un sueño agitado.

---

### III

Mucho antes de que nadie más se levantara, se incorporó y bajó de puntillas. La luz del sol se colaba por todas las rendijas y cruzaba en largas franjas las habitaciones en penumbra. El comedor al que se asomó tenía ese aire frío y sombrío de la luz amarilla que entraba por las persianas bajadas. Recordó que había tenido el mismo aspecto cuando su padre yacía muerto en la casa; ahora, como entonces, todo le parecía espectral e irreal; incluso

las sillas, tal como las habían dejado sus ocupantes la noche anterior, parecían entregadas a algún oscuro intercambio de ideas.

Abrió despacio y sin ruido la puerta de la entrada y salió al aire fragante del exterior. El sol brillaba sobre la hierba y los árboles empapados, y una neblina blanca que se disipaba lentamente rodaba como humo sobre el terreno. Por un momento se quedó de pie, respirando hondo el dulce aire de la mañana, y luego caminó despacio hacia las cuadras.

El chirrido oxidado de un mango de bomba y el chapoteo del agua sobre el patio de baldosas rojas indicaban que alguien más había madrugado, y a pocos pasos vio a un hombre fornido y pelirrojo que jadeaba con energía bajo una severa autoflagelación en la bomba.

—¿Está todo listo, George? —preguntó en voz baja.

—Sí, señor —dijo el hombre, incorporándose de golpe y llevándose la mano a la frente—. Bob está terminando los preparativos dentro. Es una mañana preciosa para un chapuzón. El agua de ese pozo debe de estar helada.

—Daos toda la prisa que podáis —dijo Benson con impaciencia.

—Muy bien, señor —dijo George, frotándose la cara con energía con una toalla muy pequeña que había estado colgada en lo alto de la bomba—. Date prisa, Bob.

En respuesta a su llamada apareció en la puerta de la cuadra un hombre con un grueso rollo de cuerda al brazo y un gran candelero de metal en la mano.

—Para probar el aire, señor —dijo George, siguiendo la mirada de su amo—; un pozo se vicia a veces, pero si una vela puede vivir dentro, un hombre también puede.

Su amo asintió con la cabeza, y el hombre, remangándose apresuradamente el cuello de la camisa y metiéndose los brazos en la chaqueta, lo siguió mientras él caminaba despacio hacia el pozo.

—Perdone, señor —dijo George, acercándose a su lado—, pero esta mañana no tiene usted muy buena cara. Si me permite bajar a mí, el baño no me vendría mal.

—No —dijo Benson con firmeza.

—No está usted en condiciones de bajar, señor —insistió—. Nunca lo había visto así. Si...

—Ocúpate de tus asuntos —dijo su amo secamente.

George enmudeció, y los tres caminaron a trancos por la hierba larga y mojada hasta el pozo. Bob arrojó la cuerda al suelo y, a una señal de su amo, le tendió el candelero.

—Aquí tiene el cordel, señor —dijo Bob, rebuscando en sus bolsillos.

Benson lo cogió y ató el cordel al candelero despacio. Luego lo colocó en el borde del pozo y, encendiendo una cerilla, prendió la vela y comenzó a bajarla despacio.

—Espere, señor —dijo George rápidamente, poniéndole la mano en el brazo—; hay que ladearlo o el cordel se quemará.

Mientras hablaba el cordel se partió y el candelero cayó al agua de abajo.

Benson soltó un juramento en voz baja.

—Enseguida traigo otro —dijo George, poniéndose en marcha.

—No importa, el pozo está bien —dijo Benson.

—No tardará nada, señor —dijo el otro por encima del hombro.

—¿Quién manda aquí, tú o yo? —dijo Benson con voz ronca.

George volvió despacio, y una mirada al rostro de su amo le cerró la protesta en la lengua; se quedó a su lado observándolo con ceño mientras él se sentaba en el borde del pozo y se quitaba la ropa de encima. Ambos hombres lo contemplaron con curiosidad mientras, terminados sus preparativos, permanecía de pie, serio y silencioso, con los brazos pegados al cuerpo.

—Ojalá me dejara ir a mí, señor —dijo George, armándose de valor para dirigirle la palabra—. No está en condiciones, tiene un enfriamiento o algo así. No me extrañaría que fuera el tifus. En el pueblo hay mucho.

Por un momento Benson lo miró con enojo; luego su expresión se suavizó.

—Esta vez no, George —dijo en voz tranquila. Tomó el extremo con el lazo de la cuerda y se lo pasó bajo los brazos, y sentándose echó una pierna por encima del brocal.

—¿Cómo va a proceder, señor? —preguntó George, agarrando la cuerda y haciendo señas a Bob de que hiciera lo mismo.

—Avisaré cuando llegue al agua —dijo Benson—; entonces largad tres yardas más deprisa para que pueda llegar al fondo.

—Muy bien, señor —respondieron los dos.

Su amo echó la otra pierna por encima del brocal y se quedó inmóvil. Tenía la espalda vuelta hacia los hombres, sentado con la cabeza inclinada, mirando al fondo del pozo. Estuvo tanto tiempo así que George empezó a inquietarse.

—¿Todo bien, señor?

—Sí —dijo Benson despacio—. Si tiro de la cuerda, George, iza en el acto. Id largando.

La cuerda fue pasando sin parar por sus manos hasta que un grito hueco desde la oscuridad de abajo y un débil chapoteo les advirtieron que había llegado al agua. Le dieron tres yardas más y aguardaron con la presa floja y el oído tenso.

—Se ha sumergido —dijo Bob en voz baja.

El otro asintió, y humedeciéndose las palmas enormes afianzó el agarre de la cuerda.

Pasó casi un minuto, y los hombres empezaron a cruzar miradas inquietas. Luego una sacudida brusca y violenta seguida de una serie de tirones más débiles estuvo a punto de arrancarles la cuerda de las manos.

—¡Izad! —gritó George, plantando un pie en el muro y tirando con desesperación—. ¡Izad, izad! ¡Está atascado, no sube; I-Z-A-D!

En respuesta a sus titánicos esfuerzos la cuerda fue entrando poco a poco, centímetro a centímetro, hasta que se oyó un chapoteo violento y al mismo tiempo un grito de horror indescriptible resonó por el pozo.

—¡Qué peso! —jadeó Bob—. Está atascado o algo así. Quédese quieto, señor, por el amor de Dios, quédese quieto.

Porque la cuerda tirante era sacudida con violencia por los forcejeos del peso que colgaba de su extremo. Ambos hombres, entre gruñidos y resoplidos, fueron cobrando cuerda palmo a palmo.

—¡Ya está, señor! —gritó George animoso.

Tenía un pie apoyado en el brocal y tiraba con brío; la carga se acercaba a lo alto. Un tirón largo y fuerte, y el rostro de un muerto, con barro en los ojos y en las narinas, asomó por encima del borde. Detrás venía el rostro lívido de su amo; pero esto lo vio demasiado tarde, pues con un gran grito soltó la cuerda y retrocedió. El brusco movimiento hizo perder el equilibrio a su compañero, y la cuerda se le escapó entre los dedos. Hubo un espantoso chapoteo.

—¡Imbécil! —balbuceó Bob, y corrió al borde del pozo sin saber qué hacer.

—¡Corre! —gritó George—. ¡Corre a buscar otra cuerda!

Se inclinó sobre el brocal y llamó con urgencia hacia abajo mientras su compañero corría hacia las cuerdas dando voces. Su voz reverberó por el pozo, pero todo lo demás era silencio.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**